

Deuteronomio 34:1-12

Sermón Transfiguración 2013 Deuteronomio 34:1-12

"Subió Moisés de los campos de Moab al monte Nebo, a la cumbre del Pisga, que está enfrente de Jericó, y le mostró Jehová toda la tierra de Galaad hasta Dan, todo Neftalí, la tierra de Efraín y de Manasés, toda la tierra de Judá hasta el mar occidental, el Neguev, el valle y la llanura de Jericó, ciudad de las palmeras, hasta Zoar. Y le dijo Jehová: «Esta es la tierra que prometí a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo: "A tu descendencia la daré". Te he permitido verla con tus ojos, pero no pasarás allá». Allí murió Moisés, siervo de Jehová, en la tierra de Moab, conforme al dicho de Jehová. Y lo enterró en el valle, en la tierra de Moab, enfrente de Bet-peor, y ninguno conoce el lugar de su sepultura hasta hoy. Tenía Moisés ciento veinte años de edad cuando murió; sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor. Lloraron los hijos de Israel a Moisés en los campos de Moab treinta días; así se cumplieron los días de llanto y de luto por Moisés. Josué hijo de Nun estaba lleno del espíritu de sabiduría, porque Moisés había puesto sus manos sobre él, y los hijos de Israel lo obedecieron haciendo como Jehová mandó a Moisés. Nunca más se levantó un profeta en Israel como Moisés, a quien Jehová conoció cara a cara; nadie como él por todas las señales y prodigios que Jehová le envió a hacer en tierra de Egipto, contra el faraón y todos sus siervos, y contra toda su tierra, y por el gran poder y los hechos grandiosos y terribles que Moisés hizo a la vista de todo Israel." (Deuteronomio 34.1-12)

Hoy recordamos la gran revelación de su gloria que Jesús mostró a sus discípulos. En el monte de la transfiguración Jesús fue transfigurado, toda su apariencia cambió, de modo que a través de su figura humana los tres discípulos presentes pudieron ver algo de la gloria celestial que Jesús había tenido desde la eternidad. Pero Jesús no fue el único que apareció allí en gloria. Escuchamos que dos destacados personajes del Antiguo Testamento también aparecieron en el monte de la Transfiguración con Jesús. Moisés y Elías aparecieron allí y conversaban con Jesús acerca de su "salida" que sucedería en Jerusalén. Lo maravilloso de esta aparición nos impresionará tanto más cuando consideramos el texto de nuestro sermón hoy.

Nuestro texto trata de la muerte y sepultura de Moisés. Este gran siervo de Dios había llegado al fin de sus días terrenales. Había sido una vida caracterizada por muchos acontecimientos asombrosos. Había sacado a los Hijos de Israel de su esclavitud en Egipto, había dado la ley de Dios al pueblo, había intervenido para evitar que Dios destruyera el pueblo rebelde. Había guiado al pueblo por 40 años en el desierto. El pueblo ahora estaba al borde de entrar en la tierra de promesa. Ahora Dios dio el mandato a Moisés a subir a un monte para ver la tierra prometida. "Subió Moisés de los campos de Moab al monte Nebo, a la cumbre del Pisga, que está enfrente de Jericó, y le mostró Jehová toda la tierra de Galaad hasta Dan, todo Neftalí, la tierra de Efraín y de Manasés, toda la tierra de Judá hasta el mar occidental, el Neguev, el valle y la llanura de Jericó, ciudad de las palmeras, hasta Zoar".

Fue una vista panorámica la que Jehová, el Dios fiel de las promesas de salvación, mostró a Moisés en ese monte. Comenzó al norte en el lado oriental del Jordán con Galaad, luego Dan, el punto más al norte de la tierra santa, Neftalí, en lo que después sería conocido como Galilea, el centro donde vivirían las tribus de Efraín y Manasés, Judá y el Neguev, mirando hasta el Mar Mediterráneo, luego otra vez volviendo los ojos a lo que quedaba inmediatamente enfrente, con el círculo del Jordán y la ciudad de Jericó, la ciudad de las palmeras.

Luego Jehová, el Dios de gracia libre y fiel, el que cumple sus promesas, le dijo: "Esta es la tierra que prometí a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo: 'A tu descendencia la daré'". Ésta es la promesa que había sostenido la fe de los patriarcas de una generación a otra. La promesa se dio a Abraham. Se había repetido a Isaac, luego a Jacob. Fue la promesa que había hecho a José decir a sus hermanos guardar sus huesos para sepultarlos en la tierra de promesa cuando Dios en el futuro sacaría a su pueblo de Egipto para darles como su herencia su propia tierra en que sus antepasados sólo habían residido como extranjeros. ¡Cuánto debe haber anhelado Moisés también entrar en esta tierra con el pueblo que había guiado con tanto esmero y tanta fidelidad por tantos años! Pero no entraría. De eso le recordó Dios cuando le dijo: "Te he permitido verla con tus ojos, pero no pasarás allá". Dios ya antes le había advertido que no podría entrar. La razón fue el pecado. No había glorificado a Dios cuando el pueblo se había quejado por falta de agua. Dios le había ordenado en su misericordia que nada más hablara a la

roca para que saliera agua para tomar. Pero Moisés había golpeado la roca con enojo. Así que, por su desobediencia tuvo que escuchar: "Por cuanto pecasteis contra mí en medio de los hijos de Israel, en las aguas de Meriba, en Cades, en el desierto de Zin; porque no me santificasteis en medio de los hijos de Israel. Verás, por tanto, delante de ti la tierra, pero no entrarás allá, en la tierra que doy a los hijos de Israel». (Deuteronomio 32.51-52). Así Dios aquí repitió la decisión de no dejar que Moisés entrara, pero en su misericordia le lleva a la cima de ese monte para dejarlo ver en la lejanía toda la tierra que, fiel a sus promesas hechas a través de tantas generaciones, ahora estaba a punto de entregar a su pueblo Israel.

Así es que Moisés, sin entrar en la tierra de promesa, sufre lo que es la paga del pecado. "Allí murió Moisés, siervo de Jehová, en la tierra de Moab, conforme al dicho de Jehová". Pero esto es una consecuencia terrenal de su pecado. Como Moisés también estaba arrepentido se sometió a esta disciplina de Dios, y aquí el escritor sagrado que nos informa de la muerte de Moisés también lo destaca todavía como "el siervo de Jehová". Y miramos también el amor de Dios todavía para Moisés en que personalmente lo sepulta en un lugar que ningún ser humano conocía. "Y lo enterró en el valle, en la tierra de Moab, enfrente de Bet-peor, y ninguno conoce el lugar de su sepultura hasta hoy". Seguramente Dios arregló las cosas así también para que no hicieran su lugar de sepultura un centro de idolatría o hasta desenterraran sus huesos para llevar sus restos a la tierra de promesa a pesar de lo que Dios había mandado aquí.

También se nos dice que "Tenía Moisés ciento veinte años de edad cuando murió; sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor". No fue algo que le sucedió a Moisés sólo en el transcurso ordinario de los acontecimientos. Su muerte, tanto su tiempo, sus circunstancias y el lugar, estaba en las manos del Dios fiel que lo había dirigido desde su nacimiento a través de esos 120 años con su fiel misericordia.

Finalmente se nos dice: "Nunca más se levantó un profeta en Israel como Moisés, a quien Jehová conoció cara a cara; nadie como él por todas las señales y prodigios que Jehová le envió a hacer en tierra de Egipto, contra el faraón y todos sus siervos, y contra toda su tierra, y por el gran poder y los hechos grandiosos y terribles que Moisés hizo a la vista de todo Israel". Cuando el escritor de estas líneas escribió esto, tenía en mente lo que Dios había revelado a Moisés en el capítulo 18 de Deuteronomio. "Un

profeta como yo te levantará Jehová, tu Dios, de en medio de ti, de tus hermanos; a él oiréis... Un profeta como tú les levantaré en medio de sus hermanos; pondré mis palabras en su boca y él les dirá todo lo que yo le mande. Pero a cualquiera que no oiga las palabras que él pronuncie en mi nombre, yo le pediré cuenta" (Deuteronomio 18.15,18-19). Lo que el autor está diciendo es que hasta la fecha en que escribié, ese profeta como Moisés no había llegado. Nadie había hecho maravillas como Moisés había hecho ante Faraón y la nación egipcia, y todo lo que había hecho después ante la vista del pueblo de Dios. A nadie más Dios le había hablado "cara a cara" como había hecho tan frecuentemente con Moisés. Pero el Dios que cumpliría su promesa de meter a los Hijos de Israel a la tierra prometida a Abraham, Isaac y Jacob, también cumpliría la promesa de la Simiente de Abraham en quien todas las familias de la tierra serían bendecidas.

Pero como dijo el escritor a los Hebreos: "Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo y por quien asimismo hizo el universo. Él, que es el resplandor de su gloria, la imagen misma de su sustancia y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles cuanto que heredó más excelente nombre que ellos" (Hebreos 1.1-4). Había hecho señales y maravillas aun más grandes de las que había hecho Moisés. El Padre mismo en la ocasión de su bautismo había exhortado a la gente: "A él oíd". Y aquí en el monte de la Transfiguración, el Padre otra vez desde la nube esplendorosa de su gloria, exhorta a los discípulos: "Este es mi Hijo amado, a él oíd".

Y maravilla de maravillas, allí, también rodeado de gloria, estaba Moisés, ese hombre que había muerto milenio y medio antes, conversando con Jesús acerca de la obra de redención que Jesús iba a cumplir en Jerusalén. La muerte y la sepultura no fueron el fin de la historia de Moisés.

Por medio de este Redentor a quien él había esperado y la obra que estaba a punto de cumplir en la cruz, Moisés ahora aparece vivo y glorificado en la presencia de su Redentor. Y, hermanos, ésta es la gloria que heredaremos nosotros también junto con todos los que ponen su confianza en aquel que entró en su gloria

por medio de la terrible humillación de la muerte en una cruz en pago por todos nuestros pecados. Como al fiel Moisés, el Salvador promete también a cada uno de nosotros: "Se fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida". En aquel día seremos gloriosos como él. "Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es" (1 Juan 3.2). Entonces Jesús no aparecerá ya en la abyecta humildad que manifestó en su camino a la cruz. Entonces se dejará ver con toda su gloria, como dio a sus discípulos un breve deslumbramiento en el monte de la Transfiguración. Y nosotros, después de seguirlo llevando nuestra propia cruz en esta vida de fe siguiendo al Salvador que llevó su cruz en amor para con nosotros, también seremos glorificados con él. Como Moisés aquí. Como Elías aquí. Como el mismo Jesús envuelto en la gloria de Dios. Y será así no sólo por breves momentos, sino por los siglos de los siglos. Amén.